



# Salem

PAULA NADAL SOSA





Círculo Rojo



SALEM



# SALEM



PAULA NADAL SOSA



Círculo Rojo  
EDITORIAL

Primera edición: noviembre 2021

Depósito legal: AL 3128-2021

ISBN: 978-84-1115-136-8

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Paula Nadal Sosa

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

*Dejar de vivir soñando,  
para vivir lo que sueñas.*





## 6

### ¿HE SIDO YO?

**P**asamos los primeros días de vacaciones limpiando y ordenando la casa, listas para dejarla impecable y a nuestro gusto, para crear nuestro nuevo hogar. No había día en el que no descubriera algo nuevo de esa casa. Una puerta que daba a ningún sitio, un cuadro escondido detrás de un armario, hasta encontré otro marco de puerta tapiada que parecía no llevar a ninguna parte.

Empecé a sentir curiosidad también por salir a explorar un poco Salem. Si bien es cierto que no me había mostrado muy apasionada por la mudanza, poco a poco empezaba a sentirme más cómoda allí. A parte de las zonas más turísticas como La Casa de la Bruja, quería ver cómo eran las demás zonas, donde realmente la gente de Salem desarrollaba su vida fuera del bullicio de los turistas; así que cuando se cumplía una semana de nuestra llegada allí, decidí salir a dar una vuelta. Era temprano y fuera parecía que el sol no había salido ese día. Decidí vestirme con un vaquero y un jersey más doble y bajé al recibidor a buscar lo que me faltaba para salir.

De por sí, el Estado de Massachussets es frío y lluvioso, pero aquel día parecía especialmente tormentoso, aunque acabáramos de entrar en el mes de junio. Me calcé mis botas de agua negras, cogí mi abrigo marrón oscuro y un paraguas,

y emprendí el camino hacia el centro. Aun siendo el pueblo natal de mi madre, jamás había estado allí. Mis abuelos no habían vivido allí desde hacía años antes de fallecer, y siempre que teníamos que visitar a tía Chris venía ella a nuestra casa. A pesar de todo, las calles tenían un aire que se me hacía familiar, como si de algún modo yo ya hubiera estado allí. Aunque supongo que eso se debía a las veces que había oído hablar a mi familia de ese sitio.

Cuando llevaba un buen rato caminando, decidí que podía ser buena idea llamar a tía Chris y quizá desayunar juntas. Mi madre estaba aún con las últimas semanas de trabajo en el colegio donde ejercía y había salido temprano de casa. Seguro que tía Chris conocía una buena cafetería para tomar algo y pasar un rato juntas. ¿Tendrían *bagels*?

—¡Hola, tía Chris! —dije en cuanto saltó la llamada—. Soy Clara. ¿Te apetece que desayunemos juntas?

—¡Hola, cariño! Por supuesto. ¿Dónde estás?

—Hum... En High Street, creo —dije buscando algún cartel que me lo asegurara.

—Espérate justo ahí, voy por ti. Hay un sitio un poco al sur donde hacen unos *bagels* buenísimos.

Sonreí.

—¿Alguien me conoce mejor que tú, tía Chris?

Colgué y me acerqué a un pequeño banco para esperar a tía Chris aprovechando que la lluvia había amainado. Me dediqué a observar a la gente pasar, a los niños que corrían para no llegar tarde al colegio; y a algunos grupos de gente mayor que hablaban y caminaban despreocupadamente. Justo en el banco que quedaba a unos metros a mi derecha, pude ver a una pareja de señoras mayores sentadas y charlando. Cuando me fijé bien, caí en que estaban mirándome y cuchicheando. Puedo entender que en los pueblos se hable cuando llega alguien nuevo, pero me pareció francamente descarado. No podía oír lo que decían desde mi

posición, pero por sus caras parecía que no les hacía demasiada gracia que yo estuviera allí.

Incliné la cabeza y las miré, a ver si así se percataban de que me estaba dando cuenta de su actitud. Pero podéis adivinar que eso no hizo que se callaran ni mucho menos.

—Perdonen —dije con cautela—. ¿Las puedo ayudar en algo?

—En qué nos vas a ayudar tú, que eres una cría —dijo una de ellas.

Quedé impactada por la poca educación de esa señora, y por el comentario tan desagradable y gratuito que había tenido conmigo.

—Perdone, creo que yo no le he hecho nada para que me trate de esa forma.

—Tú y todas las que son como tú sois iguales. Malas, que solo traéis desgracia a este mundo —dijo la segunda.

—¿Disculpe? —Me levanté y me dirigí hacia ellas—. ¿Qué tipo de problema tiene con la gente de mi edad? No le he hecho nada.

—Algún día te darás cuenta de lo que eres y a lo mejor decides hacerle un favor al mundo.

—Pero bueno, ¡señora! —Me planté delante de ellas con los brazos cruzados, visiblemente enfadada—. ¿Se puede saber cómo tiene la poca educación de decir esas cosas? ¡Parece mentira que tenga la edad que tiene! Yo no le he hecho ni le he dicho nada, estaba tranquilamente ahí sentada sin molestar a nadie.

—Vosotras nunca tenéis la culpa de nada —contestó con vehemencia.

En ese momento sentí como una rabia impropia de mi subía desde mis pies hasta mi cabeza, inundando cada rincón de mi cuerpo y nublandome la mente. Era una rabia parecida a la que había sentido las veces que había visto la sombra, y a cuando vi a ese hombre acechándome en Einstein Bros'. Una rabia desconocida para mí, y de alguna forma injustificable, puesto que solo eran dos

ancianas amargadas que habían decidido tomarla conmigo. Aun así, sentía que en cualquier momento iba a perder el control. No era consciente de lo que sucedía a mi alrededor ni de que de repente la lluvia había vuelto a caer con fuerza, pero a mí no me importaba, y parecía que a ellas tampoco. Los pocos rayos de sol que se habían asomado tímidos entre las nubes de tormenta desaparecieron en cuestión de segundos, y, de repente, algo en mi interior explotó. Realmente lo sentí así, como si alguien me hubiera dado un puñetazo por dentro y necesitara gritar para expresarlo.

—¡¡Explíqueme qué he hecho yo para que se crea con derecho a hablarme así!!

Justo ahí, una luz cegadora cayó detrás de mí y un estruendo se hizo eco en lo que a mí me pareció el pueblo entero. La neblina que cubría mi mente se desvaneció y volví a ser consciente de donde estaba y de lo que había ocurrido. La expresión en los rostros de esas dos mujeres era de terror absoluto, y a mí no me daba la impresión de haberles gritado tanto como para eso. Se quedaron mirando mi cara de desconcierto, y solo articularon unas palabras antes de levantarse e irse:

—El demonio está aquí y nos atrapa. Sois peores de lo que la gente cree.

Aún desconcertada, miré a mi alrededor y a mí misma, y vi que estaba totalmente empapada. Un coche frenó a mi lado y tía Chris bajó de él.

—¡Pero bueno! ¿Qué te pasa? ¡Estás empapada!

—Había aquí dos mujeres que han sido muy groseras conmigo —dije aún un poco atónita.

—¿Esas? —Señaló hacia el final de la calle—. Esas son un par de amargadas que siempre se meten con todo el mundo.

—Han dicho que todas las que son como yo somos iguales y peligrosas. —Me miré—. Tampoco voy mal vestida como para que se metan conmigo, ¿no? —pensé que igual las había molestado algo de mi vestimenta.

—Qué va, siempre encuentran algún motivo para meterse con la gente. Venga, vamos. Te mereces un buen *bagel* y una taza de chocolate caliente.

Asentí. Mientras iba hacia el coche de tía Chris, no podía evitar sentirme agarrotada y aún un poco aturdida, como si no estuviera del todo despierta. Tenía la extraña sensación de que esas señoras me conocían más de lo que yo creía, aunque no las hubiera visto nunca en mi vida. Y tenía también la extraña seguridad de que el gran relámpago que habíamos visto y el estruendo los había causado yo. Ya sé que es imposible y que las casualidades existen, pero algo en mi interior me aseguraba que mi enfado había sido la causa.

Nos fuimos hasta un local llamado Bagel World II Bakery & Deli. Nos sentamos en una pequeña mesa frente a la ventana y enseguida tuvimos nuestros *bagels* y nuestras bebidas listas.

—¿Cómo va todo? ¿Te gusta la casa? —preguntó tía Chris.

—Pues la verdad es que mejor de lo que pensaba. Me siento cómoda y poco a poco la estamos dejando a nuestro gusto y va pareciendo más un hogar. Seguimos sacando cajas y cajas de cosas viejas llenas de polvo, pero poco a poco.

—Me alegro —contestó con una sonrisa—. ¿Has encontrado algo interesante entre esas cajas viejas?

—La verdad es que no me he parado a abrirlas todas, no me han llamado la atención. Pero supongo que en algún momento tendremos que vaciarlas por si mamá se quiere quedar con algo. ¿Vendrás un día a cenar con nosotras?

—¡Por supuesto!

Después de charlar durante un par de horas, nos despedimos y me acercó en coche a casa. Mamá no volvería hasta mediodía, así que creí que sería buena idea seguir ordenando cosas. Thunder me saludó dando saltos y siguiéndome por toda la casa. Subí hasta el segundo piso y empecé a abrir cajas de uno de los arma-

rios de la habitación vacía que había al lado de la de mamá. Al principio solo saqué algunos álbumes de fotos familiares bastante antiguas, algunos libros de cuentas y viejas cajitas con bisutería dentro. Estuve una hora más o menos clasificando todo lo que podría querer quedarse mamá y aquello que estaba inservible mientras que Thunder se había recostado en el umbral de la puerta y me observaba en silencio entre cabezada y cabezada.

Cuando ya estaba terminando, vi al fondo del armario una caja distinta, de color negro, y cubierta de una gruesa capa de polvo. Estiré el brazo hasta alcanzarla y la abrí sentada en el suelo. Encima del todo había unos cuantos periódicos que databan de los años 1800 y principios de 1900, con noticias de Salem. Reparé en una pequeña sección que se encontraba en la última página de cada uno de los periódicos, escrita con letra más pequeña y bastante emborronada. La información era algo confusa, pero hablaba del conocimiento de que algunas mujeres seguían practicando la brujería en Salem. Me sorprendió bastante, dado que, después de los primeros años de 1700, la persecución de las brujas había perdido fuerza. Leí atentamente algunas de aquellas secciones:

«Salem, 10 de octubre de 1895. ¿Estamos seguros de que las brujas ya no existen? ¿Se exterminaron todas en los juicios que tuvieron lugar entre 1692 y 1693? Les puedo afirmar que no. Siguen aquí, entre nosotros. Acechando, preparadas para atacar en cualquier momento. No se engañen, las cosechas no mueren solas. Eso es porque a alguna bruja no le ha gustado su actitud».

«Salem, 1 de noviembre de 1902. El Día de Todos los Santos es el mejor día para salir a cazar brujas. Todas esas mujeres que siguen pregonando que pueden curar males con hierbas son las mismas que se llevan a nuestros hijos y estropean nuestras cosechas. ¡Hay que acabar con ellas!».

«Salem, 31 de octubre de 1910. No digan que no los avisé. No digan que no sabían lo que ocurría. Están aquí. Hay que acabar

con ellas. O el fin del mundo llegará por culpa de la persistencia por mirar a otro lado de los vecinos de Salem».

Todas las secciones estaban firmadas por un tal H. Williams. Dejé a un lado los periódicos y saqué tres libros de tapa dura que estaban al fondo de esa caja. Muchas de las páginas estaban en blanco, pero las que estaban escritas estaban inundadas por palabras y caracteres que no podía reconocer ni asociar con ningún idioma que yo conociera. Y de repente, al abrir el segundo libro, me di cuenta de que podía entender lo que había escrito, aunque no entendiera su significado.

«Los libros deben permanecer escondidos». «No deben descubrirnos». «En la casa está guardado». «Habrá que esperar a que regrese». «Esperemos que pronto».

No podía entender en qué momento yo había conocido y aprendido esos símbolos como para entender frases sueltas. Cerré los libros y volví a meter todo en la caja. Me levanté con la caja en las manos y me dirigí a mi habitación. Por alguna razón, Thunder empezó a mostrarse inquieto. No se movía de mi lado y adoptó una posición defensiva, con la cola levantada y el lomo erizado. Al ser una casa vieja, había todo tipo de ruidos, y pensé que podría haberse asustado con algún trozo de madera que crujiera, o el viento que azotaba los viejos cristales de las ventanas.

—Claire.

Me di la vuelta y escruté el pasillo. Había oído a alguien llamarme por mi nombre.

—¿Hola? —No hubo respuesta.

Extrañada, volví a caminar hacia mi habitación. Thunder no se apartaba de mi lado y no dejaba de gruñir.

—Claire.

—Bueno, ya está bien. ¿Hay alguien ahí?

De repente, en el umbral de la habitación del fondo, apareció la silueta de lo que a mí me pareció una señora.

—Claire.



Quedé helada. No podía moverme, ni hablar ni reaccionar. No podía creer que estuviera viendo un fantasma o lo que fuera eso. Ella tampoco se movía. Thunder empezó a ladrar, pero sin avanzar.

—Claire —dijo por cuarta vez. Yo tenía miedo de que empezara a avanzar hacia mi dirección.

Las veces que había visto la sombra en nuestra antigua casa, había sentido una rabia y un desafío nunca antes conocidos, pero esta vez sentía miedo. No tenía claro si era terror o sorpresa porque no podía creer lo que estaba viendo.

—¿Quién quién eres? —balbuceé.

Poco a poco empezó a salir de la habitación y se quedó quieta en medio del pasillo. No me contestaba ni yo sabía qué hacer. Empecé a temblar y tenía frío, como si el invierno hubiera vuelto de golpe y se hubiera acomodado en mis huesos.

Las paredes empezaron a temblar a mi alrededor, podía oír como los cristales de las arañas y las lámparas repiqueteaba. Esa persona, por decirlo de algún modo, seguía diciendo mi nombre con una voz que obviamente no era de este mundo.

—Claire. Claire. Claire.

El ambiente de la casa se hizo pesado, me ahogaba cada vez más.

—¡Basta! —grité.

Todas las puertas del pasillo se cerraron de golpe, y las bombillas de la planta superior se rompieron en mil pedazos. La caja que tenía en las manos cayó al suelo levantando el polvo que había en la tapa. Miré a mi alrededor en busca de aquella extraña señora detrás de mí, o escondida. Pero ya no había nadie. Guardé la caja en la habitación y bajé escaleras abajo justo cuando mi madre abrió la puerta de la entrada.

—Hola, Clara, ¿qué te apetece comer? —preguntó—. ¿Estás bien? Te veo pálida.

No podía articular palabra, pero estaba segura de que, si le contaba lo que acababa de pasar, no se lo creería.

—Nada, mamá. Todo bien. —Intenté esbozar una sonrisa—.  
¿Comemos?

—¡Claro! —Ella se dirigió a la cocina.

Suspiré.

—Claire.

Otra voz esa voz de ultratumba. Miré hacia la planta de arriba y vi como esa señora volvía a estar allí, observándome. En ese punto ya no podía intentar hacerme creer a mí misma que no era real, o que era mi imaginación. Lo que estaba oyendo era muy real, como lo que había y estaba viendo. Igual que también era muy real el hecho de que había cerrado todas las puertas y roto todas las bombillas solo con haber dejado que mis emociones se descontrolaran.

